



Por sus *pelucas* les conoceréis

Ángeles López - Madrid

Depelos. Deesova estelibro. Pero no de los propios, sino de los postizos. Del indiscreto encanto del arteficio capilar, de las provincias movedizas de la cabeza, de la filiación a la impostura pilosa, del despliegue del cuerpo hacia arriba, de nuestra propensión a la simulación, del aura carnavalesca peluda, del descenso por la trenza de las melenas artificiales... Ignoramos –al menos, el autor ignora– si antropólogos, historiadores

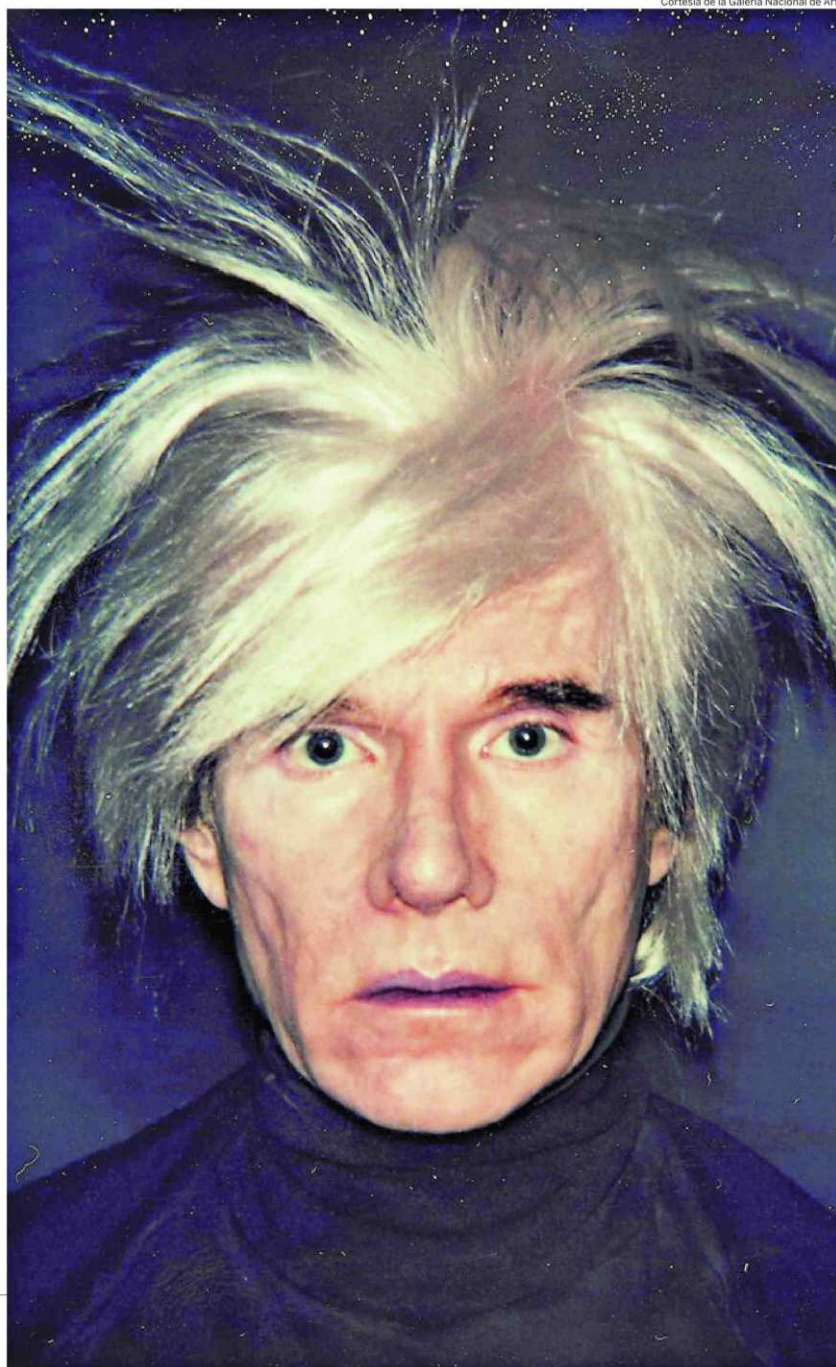
y demás estudiosos no han tenido tiempo, tino o curiosidad por investigar la importancia simbólica de los postizos en los grandes hits históricos. Pelucas, peluquines, coletas, bisoñes, prótesis capilares, añadidos pilosos... Los reemplazos capilares se han utilizado a través del tiempo y por razones distintas. Del neolítico a Lady Gaga, de Nefertiti a Vivaldi o de Casanova a Elthon John, pocos han podido sustraerse a los encantos de un postizo capaz de procurarnos metamorfosis del yo, disimulo o guardar las apariencias.

«Peluquero, a tus pelucas», le dijo Voltaire a un maestro artesano de Versalles cuando tuvo la osadía de enviarle una tragedia de su autoría para saber su opinión. Y acaso «retorciendo» poéticamente el consejo, Luigi Amara decidió peinar a raya la historia de las prótesis desde nuestros ancestros, cuando se adornaban con penachos de plumas y cornamentas cérvidas, hasta recalar en Nerón y su utilización de las pelucas para repartir palizas a los desconocidos no sin hacer un alto en Descartes, para llegar a ejemplos contemporáneos como Warhol, Elton John o Cher. Pudiera parecer que preocuparse por el pelo, no digamos por la peluca, es recalar en lo insignificante, que no tiene nada que ver con las grandes preguntas ni las preocupaciones egregias, pero es imposible en un autor que, con descaro, documentación y dosis de reflexión, ha logrado un texto que enhebra poesía y filosofía.

A través de un recorrido caprichoso, sabremos de cómo Salman Rushdie confió en los poderes del postizo cuando pesaba sobre él la sentencia asesina de la fatwa. La Policía de Londres le aconsejó, antes que el encierro absoluto, borrar su reconocible calvicie para lograr camuflarse entre la muchedumbre y llevar una vida anónima. Un caso emblemático de la utilización del postizo como instrumento de reinención. Giacomo Casanova, en cambio, se abrió paso por los salones y «boudoirs» del estratificado edificio del barroco Veneciano haciendo del postizo un trasunto festivo de su fisonomía. Este hijo de artistas fue actor a tiempo completo, y a diferencia de don Juan, que coleccionaba trofeos, él, se entregaba en cuerpo y alma a cada conquista. Y la peluca fue el ingrediente crucial de su atuendo –y su psique–. Prótesis capilar que llegó a su cabeza cuando era niño y hubo de ser rapado por mugroso. A partir de ese momento, su apariencia tendría más fases que la luna según la dama que deseara seducir: de la tonsura al pelo largo, de los peinados estafalarios a las coletas. La peluca por sí sola se convirtió para él en un antifaz mental, una contraseña de su metamorfosis.

Cada noche, Mesalina aguardaba con indolencia a que su esposo el emperador Claudio se durmiera para escapar del lecho y acudir al lupanar donde tenía un reservado. En el trayecto, una peluca encendida completaba su transformación: dejaba de ser la emperatriz de negros cabellos para convertirse en meretriz augusta. En el burdel, todos la conocían como Licisca –lobezna–. En Roma, donde se reglamentaba el vestido, las prostitutas eran obligadas a llevar postizos rubios a modo de

De Nefertiti a Warhol, de Casanova a Cher... Ya sea por moda, ocultación, aspiraciones, distinción o incluso negocio, el arteficio capilar no es una mera frivolidad histórica. Un libro analiza quiénes y por qué impostaron su cabellera



Cortesía de la Galería Nacional de Arte

Andy Warhol, el padre del pop, tenía 30 pelucas exactamente iguales



distintivo... Pero ella no se ganaba la vida con el cuerpo sino que compraba la libertad vendiéndolo. Por eso su peluca fue roja; era un símbolo, no un adorno. La completaba dándole la energía suficiente para hacer maratones de sexo con gladiadores, nobles o conspiradores hasta el punto de referir las crónicas que, en el año 45 d.C., «la emperatriz perra» se acostó con todo hombre romano de cualquier clase o condición.

Traficantes de cabello

Las utilidades de los postizos a lo largo de la historia han sido muchas y variadas: para ocultar deformidades, enfermedades o trastornos, como la prematura calvicie de Luis XII, quien logró que su uso se extendiera como la pólvora en toda Francia, primero entre los cortesanos y como distintivo profesional, después. Otro tanto ocurriría en Inglaterra, donde la moda sedujo a las clases trabajadoras convirtiéndose en un artículo de consumo ubicuo alrededor del cual se construyó una actividad comercial vigorosa: desde las «donantes» muchachitas que vendían sus trenzas, pasando por los artesanos peluqueros, los talleres certificados por el rey así como los clandestinos. No pocos vendedores se enriquecían «traficando» con cabello de ejecutados en la guillotina. Y como no podía ser de otro modo, la propagación de la peluca terminaría infestando Norteamérica. Tanto a uno como al otro lado del charco su utilización tenía la misma simbología: definir la condición social. Sin olvidar la higiene. Recordemos que eran épocas en que

WARHOL Y SUS POSTIZOS POP

En la sede neoyorquina de la casa de subastas Christie's, la peluca de Andy Warhol se vendió a mediados de 2006 por 10.800 dólares, el doble de lo esperado. El haz de pelos platinados al estilo escoba que el artista comenzó a utilizar a finales de los cincuenta había servido durante décadas a su nada discreto dueño y cumplido, con creces, el servicio de agrandar el emblema de su imagen, elevada a artículo de consumo. Pero no era la única que tenía en su guardarropa. El artista que defendía que «la copia de la copia es siempre original» llegó a tener más de treinta hermanas gemelas, idénticas, sin las que no daba un paso fuera de su apartamento. El origen de su utilización data de cuando de joven empezó a perder el pelo y decidió cuanto antes hacerse cargo de su identidad. Desde ese momento, puso todo su talento como publicista y ex escaparatista en modelarse según su antojo.

el baño se trataba de una práctica esporádica y las cabezas afeitadas prevenían la proliferación de fauna indeseable.

Por miedo a la peste, por vanidad, como máscara o para propiciar el intercambio de roles sociales durante el carnaval; como estudiada metamorfosis, por intolerancia hacia lo hirsuto como Nefertiti, como signo de distinción incluso entre quienes no se cansaban de insistir en la igualdad, como tótem de respetabilidad y poder, como merchandising o escaparate del mundo interior. Muchas han sido las emociones y situaciones que han empujado al ser humano a la utilización del postizo. Incluso con ánimo de lucro, como hizo Mausolo, rey de Caria, quien decidió llenar las arcas del estado en el siglo IV a.C a costa de las pelucas, al almacenar una dotación inmensa, para luego promulgar un edicto que obligara al pueblo a raparse y poner a la venta todas las prótesis, que sus súbditos compraron a precios desorbitados.

Si para Theodor Adorno las pantuflas eran símbolos del odio a inclinarse, en la peluca están registrados gestos, comportamientos, expansiones que apuntan a diversos motivos para su utilización según las épocas, las necesidades e incluso la profesión de sus usuarios: Desde la «peluca retráctil» dieciochesca que poseía un resorte para plegarse y sortear los umbrales a los pelucones que utilizan los travestis en permanente construcción de su feminidad, pa-

sando por los «añadidos respetables» en forma de coleta que usaban los estudiantes de universidades y que Lichtember utilizó para el estudio del carácter hasta las «pelucas legales» que se implementaron como una llamada de paz durante una Inglaterra dividida tras la guerra y terminaron instaurándose como émulo de la mujer vendada que sostiene la balanza.

De la peluca Azul de Baudelaire a las extravagancias de Elton John, y de las desmesuradas «dandizettes» del XIX a las encrespadas de Dusty Springfield y las despampanantes de Cher. Warhol y Agassi también fueron dos grandes usuarios de este adorno capilar. El primero acumuló más de 30 postizos idénticos de la icónica cornamenta pop. El Sansón de las pistas de tenis recurrió a los postizos cuando temió por la calvicie. Cleopatra, Casanova, Bach... Todas las pelucas coronan el pedestal del cuerpo. Todas dicen o lo silencian. Pero lo cierto es que cada una de ellas contiene la imperiosa necesidad de estetizar el mundo y apuntar la metáfora de la vida como puro teatro.

POSTIZOS REALES Luis XII la puso de moda en su corte para ocultar su calvicie



«HISTORIA DESCABELLADA DE LA PELUCA»

Luigi Amara

ANAGRAMA (Finalista del Premio Anagrama de Ensayo)
232 páginas. 17,90 euros